

instigación del *Šaytān* los tienta, recuerdan y entonces ven con claridad”<sup>212</sup>.

Seguir la sunna es así según los sufíes un eficaz método para protegerse de los estímulos que operan a nivel inconsciente. Además, si miramos la actividad inconsciente, vemos que el *nafs* opera como una fuerza ciega que necesita estar ocupada en algo, y se pondrá al servicio de quien domine en el alma. Si es el elemento inferior quien domina, es decir, si la persona está subyugada inconscientemente por toda la masa de energías negativas demoníacas que agitan el corazón, entonces el *nafs* se pondrá a trabajar en esta dirección. En Shakespeare encontramos un ejemplo de ello en la historia de *Othello*, cuando la mujer del traidor Iago, símbolo de la maldad, le sirve en sus planes pérfidos. Pero la mujer de Iago no es consciente de la maldad de su marido, sino que le ayuda a cumplir sus propósitos cumpliendo sus demandas.

### **El control de la ira a través de la sunna**

Evitar que la *nafs* se ponga al servicio de la maldad es posible a través de la sunna, pues ponerla en práctica significa dominar la maldad, pero no tanto en el sentido de represión como de canalización. Es decir, la *nafs* o alma compulsiva pasa a abocar su energía al objetivo de cumplir los preceptos de la sunna, de ahí el hadiz <<mi *Šaytān* se ha hecho musulmán y hace todo lo que le ordeno>>. Por ejemplo, la sunna permite reconducir las pasiones negativas: en el caso de una emoción tan destructiva como la ira, existe un hadiz que dice que todo lo que se agita en el pecho viene del *Šaytān*. Y en el mismo Corán aparece una asociación entre la ira y el pecho:

---

212 C. 7: 200-201 (trad. de A.G. Melara Navío)

“Verdaderamente los temerosos (de *Allāh*) estarán en jardines y manantiales. ¡Entrad en ellos! En paz y a salvo. Les quitaremos el odio que pueda haber en sus pechos y estarán, como hermanos, recostados en lechos unos enfrente de otros”<sup>213</sup>.

De esta manera, quien sigue dicho consejo profético, está atento a esta agitación, y cuando se empieza a manifestar sabe que está siendo objeto de una insinuación, y en este momento sabe también que debe dejar los motivos que desencadenaron la ira y concentrarse en la aplicación de la sunna, la cual aconseja no convertir en acción cualquier sugestión que cause agitación en la zona del pecho. El motivo que causó la ira, las razones, pasan a segundo plano, lo importante es aplicar la sunna.

La pasión de la ira la aborda Shakespeare en distintos lugares de su obra. Por ejemplo en *Otello* encontramos una reflexión del manipulado teniente Cassio en la que censura el vino por haberle inducido al ataque de ira que causó un altercado en la ciudad, lo que era el propósito oculto del manipulador y traidor Iago, que pretende así acabar despertando los celos y la destrucción de su jefe, Othello el Moro. Dice Cassio que hay que llamar diablo al espíritu invisible del vino, inductor de la disputa, puesto que al demonio de la embriaguez le ha parecido bien dejar el sitio al demonio de la ira<sup>214</sup>.

En el Corán encontramos la misma relación entre el demonio (*šaytān*), el vino y la pasión de la ira en la siguiente aleya:

“En verdad, Satán quiere desencadenar entre vosotros la enemistad y el odio, sirviéndose del vino y del juego de

---

213 C. 15:45-47 (trad. de A.G. Melara Navío).

214 Cf. W. Shakespeare, *Otello*, Acto II, Escena II.

azar, y así apartaros del recuerdo de Dios y de la plegaria ritual. ¿Acabaréis definitivamente con ello?”<sup>215</sup>.

En el Corán encontramos también varias referencias a la pasión de la ira (*gāza*), pero vemos una clara diferencia entre la ira que proviene del alma compulsiva y que claramente debe reprimirse o refrenarse, y la cólera divina (*gaḍiba*) que está claramente justificada. Por ejemplo, en la siguiente aleya vemos la prescripción de refrenar la ira:

“¡Y apresurados a obtener el perdón de vuestro Señor y un Jardín tan vasto como los cielos y la tierra, que ha sido preparado para los temerosos de Dios, que dan limosna tanto en la prosperidad como en la adversidad, reprimen la ira (*gayz*), perdonan a los hombres –Dios ama a quienes hacen el bien”<sup>216</sup>.

En cambio en otras aleyas vemos una alusión a la cólera divina que despiertan aquellos que niegan los signos divinos y abren su pecho a la incredulidad<sup>217</sup>. Pero, como todo atributo divino, incluso este es adoptable por el ser humano que se reviste con la cualidad de la cólera divina en defensa de los derechos de Dios. Por ejemplo en la siguiente aleya se utiliza el mismo término referido a la cólera divina pero ahora como una cualidad humana lícita, en este caso referida al enojo legítimo de Moisés ante la incredulidad de su pueblo por haber adorado al becerro:

“Y cuando se calmó la cólera (*gaḍab*) de Moisés, tomó de nuevo las Tablas, en cuya escritura hay guía y misericordia para lo que temen a su Señor”<sup>218</sup>.

---

215 C. 5: 91 (trad. de A. Guijarro).

216 3: 133-134 (trad. de J. Cortés).

217 Cf. C. 16: 105-106.

218 C. 7: 154 (trad. de A. Guijarro).

Es significativo que el verbo ‘refrenar’ o ‘reprimir’ (*kazama*) relacionado con la acción de reprimir la ira, es de la misma raíz lingüística que el término *kāzim*, que se traduce por ‘angustiar’, ‘sufrir en silencio’, etc., y que alude al momento, por ejemplo, en que los corazones alcanzarán la garganta, angustiados, en el día de la resurrección<sup>219</sup>, o al momento en el que el profeta Jonás (Yūnus) clamaba angustiado por salir de la panza de la ballena<sup>220</sup>, o también al momento en el que el profeta Jacob reprimía su dolor por Yūsuf<sup>221</sup>. Es decir, parece ser que la idea de reprimir la ira va asociada a un estado de constricción y sufrimiento, que, sin embargo, es necesario para el éxito posterior.

Volviendo al hadiz comentado arriba de no actuar la agitación de la ira proveniente del *nafs* compulsivo, vemos que se trata, por tanto, de ser ecuánime en la conducta, de no dejar ninguna brecha por donde se puedan expresar los contenidos negativos y potencialmente dañinos. Luego, con la práctica constante, estos contenidos pierden fuerza y se transforman en una energía al servicio del espíritu, la *nafs* se convierte entonces en espíritu.

En la obra de Shakespeare encontramos otras referencias a la virtud de la templanza; por ejemplo en las palabras de Polonio, el padre de Ofelia y Laertes, que aconseja a su hijo que no dé voz a los pensamientos ni acciones intemperados<sup>222</sup>. Y también en el consejo de Hamlet a los actores antes de representar la acusadora obra de teatro, cuando les dice que incluso en medio del torrente emotivo, en el remolino de la pasión, deben adquirir y generar templanza que dé suavidad

---

219 Cf. C. 40:18.

220 Cf. C. 68:48.

221 Cf. C. 12:48.

222 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto I, Escena III.

a la acción<sup>223</sup>. La pasión, por tanto, debe domeñarse a través de una conducta constante.

Si la forma de la conducta es bella, entonces los contenidos negativos o expresiones de la *nafs* compulsiva no podrán manifestarse. De ahí la importancia de la disciplina, pues con ella se suavizan las formas de la conducta y se contiene la expresión de los impulsos negativos. Rūmī advierte que el hombre indisciplinado no sólo se maltrata a sí mismo, sino que incendia todo el mundo<sup>224</sup>.

Es significativo que en el Corán se prescribe al mismo profeta Muhammad que adopte la mansedumbre como conducta, es decir, las cualidades del atributo divino ‘*al-Ra‘ūf*’ (El Benevolente, El manso). Sin embargo, si atendemos a la definición de este nombre que da Ibn ‘Arabī, vemos que no se refiere solo a la conducta propiamente mansa para con los demás, sino que también implica tener piedad con uno mismo. Y ser piadoso con la propia alma (*nafs*) implica sujetarla al cumplimiento de lo que ha de conducirla a la dicha perdurable, es decir, implica acatar las prescripciones de la revelación haciendo posible que se manifiesten, cumplan su función y surtan el efecto por el cual han sido prescritas<sup>225</sup>.

En el caso del sufismo, pues, la sunna se presenta como una gracia divina que actúa a modo de pauta y modelo para la conducta, con vistas a realizar la necesaria contención transmutadora de las pasiones. Para terminar este apartado

---

223 *Id.*, *Hamlet*, Acto III, Escena II.

224 Cf. J. Rūmī, *Mathnawī*, vol. I, SUFI, p. 17. Este tema de la importancia de la bella conducta y las bellas palabras en el sufismo lo trato con más profundidad en *La dimensión terapéutica de la música en el sufismo*, pp. 146-151.

225 Véase Ibn ‘Arabī, *El secreto de los nombres de Dios*, pp. 270-271. Véase la nota n. 2 del traductor, Pablo Beneito.

véanse las palabras de otro gran sufí, en este caso el Šayḥ magrebí al-‘Arabī ad-Darqāwī:

“Si deseas librarte de tu alma pasional (*nafs*), rechaza lo que intenta sugerirte y no te ocupes de ella, porque ciertamente no cesará de acosarte y no te dejará en paz; te dirá, por ejemplo: ¡estás perdido! Que sus insinuaciones no te inquieten ni te asusten, diga lo que diga, antes bien continúa sentado si estabas sentado, o de pie si estabas de pie; continúa durmiendo si dormías, comiendo si comías, bebiendo si bebías, riendo si reías, rezando si rezabas, recitando si recitabas, y así sucesivamente. No la escuches excepto si te dice: eres uno de los creyentes, de los que conocen a Dios, o: estás en manos de Dios, y Su gracia y Su generosidad son inmensas. Porque no dejará de hostigarte con sus insinuaciones en tanto no permanezcas impasible, como indicábamos, al tiempo que sigues conformándote a la costumbre (*sunna*) mohammediana”<sup>226</sup>.

### **Polonio: no dar voz a todos los pensamientos**

En Hamlet encontramos el consejo que Polonio da a su hijo, antes de que parta de viaje, instándole a ser precavido y a controlar su actitud, pues no debe prestar voz a los pensamientos ni acción a ningún pensamiento intemperado. Finalmente el lord inglés bendice a su hijo para que den frutos estos consejos<sup>227</sup>. Vemos en este pasaje la importancia que Shakespeare atribuía al control del lenguaje como poderosa herramienta para el control interior y de la conducta. Y a su

<sup>226</sup> Shaykh al-‘Arabī ad-Darqāwī, *Cartas de un maestro sufí*, p. 55.

<sup>227</sup> Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto I, Escena III.